

## EL “MOMENTO” ANALÍTICO. PONIENDO BRIDAS AL PENSAMIENTO DESBOCADO

EMILIO LAMO DE ESPINOSA

*Universidad Complutense de Madrid, España*

emilio.lamo@cps.ucm.es

El texto que se me pide comentar tiene dos partes analíticamente diferenciadas: una crítica del estado actual de la sociología, por una parte, y por otra, la propuesta de un “giro analítico”, argumentada ésta, por cierto, más a la defensiva que propositivamente, lo que es de lamentar, dado el escaso conocimiento que de esa sociología analítica existe en España. Comparto bastante ambas series de argumentos aunque con matices importantes que trataré de explicitar. Pero empecemos por la crítica que los autores hacen del estado de la sociología, crítica que me parece necesaria pero excesivamente general.

Hacia 1968, en parte arrastrado por el movimiento intelectual que lleva esa etiqueta, en parte como consecuencia de la publicación de libros importantes y novedosos<sup>1</sup>, la sociología hizo suyo el giro hermenéutico o lingüístico que la filosofía había iniciado décadas antes. Se trataba, sustancialmente, de re-descubrir lo que los viejos hegelianos llamaban “el lado activo del conocimiento”, es decir, que el pensamiento no sólo refleja o copia la realidad sino que la crea, que las cosas, además de ser, representan o simbolizan algo. Era un giro necesario.

La sociología clásica (marxista o funcionalista) se había interesado por el ser de lo social al margen de lo que se piensa de ese ser, e incluso etiquetando esa “construcción social de la realidad” como prejuicio, estereotipo, conocimiento de sentido común o ideología, factores todos ellos a superar o trascender para llegar “a las cosas mismas”. La tarea de la sociología era entendida como desvelar la realidad frente a su mistificación ideológica, carente de valor. Lo que el giro lingüístico hizo fue re-evaluar la “construcción simbólica” de la realidad, la ideología en definitiva, el lado activo, frente a la “construcción material” de la realidad, afirmando que si los hombres definen las situaciones de cierto modo, esas definiciones son performativas.

---

<sup>1</sup> Los más importantes serían: *La construcción social de la realidad* de Peter Berger y Thomas Luckmann (1966), los *Estudios de Etnometodología* de Harold Garfinkel (1967), y, finalmente, *El interaccionismo simbólico* de Herbert Blumer (1969). A los que habría que añadir la traducción del libro de Alfred Schutz *La fenomenología del mundo social* (1967), pues la edición alemana, de 1932, había pasado casi por completo desapercibida.

El giro lingüístico aportó así una saludable dosis de “idealismo” frente al extremo materialismo de los predecesores. Pero todo tiene sus límites, pues con no poca frecuencia lleva a confundir la definición de la situación con la situación misma, menospreciando la realidad subyacente. Y así el correctivo idealista ha pasado a ser idealismo a secas: las cosas son como son definidas, de modo que la sociedad acaba siendo una inmensa profecía que se auto-cumple. Nada más representativo de ese deslizamiento que la supresión que Berger y Luckmann hicieron del subtítulo de su famoso libro *La construcción social de la realidad*. En la primera edición el libro se titulaba *Una introducción a la sociología del conocimiento*. Pero en las restantes ediciones esa imprescindible anotación ha desaparecido y así, la sociología del conocimiento (al menos una sociología del conocimiento) ha pasado a ser la sociología a secas.

Ello ha tenido varias consecuencias deplorables. La primera es un alejamiento de la realidad, de las cosas mismas, y una paralela sobre-valoración de lo simbólico y de lo cultural. Esta última, la cultura sobre todo, ha pasado a ser “la” variable independiente explicativa de casi todo, pero rara vez explicada ella misma. Pero el alejamiento de la realidad genera logomaquia, un discurso sin control ni referente, “ebrio de sintaxis y ciego a la semántica”, como en su día dijo Wright Mills de Parsons, repleto de síntesis apresuradas que no han sido precedidas del necesario desbroce del nivel medio, del *middle-range*. Mucha síntesis, pero poco análisis, pensamiento desbocado, a veces sugerente para el ensayismo y siempre interesante para la prensa, pero desbocado con frecuencia.

Puede ser ilustrativo para mostrar esa “teoría social en uso” y ese giro en la teoría social desde el materialismo marxista/funcionalista dominante en el siglo XX al nuevo idealismo constructivista, el realizar un sencillo análisis de contenido de los títulos de las ponencias presentadas en el IX Congreso de Sociología Española celebrado en Barcelona en septiembre del año 2009. Más de 1.200 ponencias o comunicaciones fueron presentadas y todas, por supuesto, llevaban su título. Pues bien, ¿qué nos dicen esos títulos, qué palabras, términos, conceptos, aparecen con mayor frecuencia y cuales no figuran? ¿Qué “marco teórico en uso” aparece?

Pues bien, algunos de los términos más usados son clásicos, como era de esperar, y así, la primera palabra relevante que aparece más citada es “trabajo”, con 91 referencias. Otros términos clásicos de la sociología que mantienen su relevancia son “política” (60) “educación” (59) o “valores” (36).

Bastante más interesante es explicitar los términos o conceptos que no aparecen o lo hacen con escasa frecuencia. Así, los términos “obrero”, “lucha de clases” o “modo de producción” no aparecen mencionados ni una sola vez, al igual que “neocapitalismo”, “imperialismo”, “colonialismo”, “clase obrera”, “fábrica”, “hambre” o incluso “sociedad industrial”. “Economía” aparece mencionada sólo tres veces y para aludir a “economía informal”, “sindicato” aparece cuatro veces, “capitalismo” sólo cinco veces, “industrial” cuatro veces, “pobreza” tres, y “capital” dieciséis veces (pero la mitad aluden a “capital social”).

Frecuencias que ponen de manifiesto un evidente alejamiento de un marco teórico y conceptual dominante hace un par de décadas, y que es sustituido por otro cuyos términos usuales son nuevos. Así, el segundo término más citado (tras “trabajo”) es el de “género” que aparece 62 veces, “construcción” es el quinto más citado y aparece 43 veces, “mujeres” aparece en 38 ocasiones (pero “hombre” sólo siete), “cultura” y “consumo” ambas 37 veces, e “identidad” 33. Todo un mapa conceptual, una radiografía o, para ser más precisos, una topología de lo que preocupa (o no) a los sociólogos españoles en activo. Podemos decir que habría un tema de investigación (el género), un método (la construcción social) y una variable explicativa (la cultura).

El giro analítico es así, a mi entender, una más que saludable reacción a este idealismo sociológico en al menos dos o tres sentidos. De una parte, me parece que es una clara estrategia des-reificadora, que busca precisar, aclarar, explicitar, las numerosas cajas negras que remiten siempre a conceptos mal contruidos, a realidades sociales inconscientemente sustantivadas. Es pues un más que saludable nominalismo sociológico frente a un pseudo-realismo que hace cosas de las ideas. Y por ello es un intento de verdadero realismo cuando no de simple, sano y sencillo materialismo, de “volver a las cosas mismas”. En todo caso su objetivo esencial, eliminar la logomaquia, sustituir metáforas por realidades es, creo, un objetivo ineludible. Es una actitud de des-confianza frente al lenguaje y su impostación como realidad-más-real, un retorno a la vieja y sana “crítica de la ideología” que trata de des-velar la realidad oculta tras el lenguaje por mucho que ese lenguaje mistificador hoy se presente travestido de pensamiento crítico, e incluso de crítica de la crítica. Por decirlo de otro modo, hoy la peor y más dañina ideología se hace siempre en nombre de la crítica de las ideologías.

Pero la expresión “giro analítico” sospecho que es excesiva, así como la idea de que, por fin, hemos encontrado, por así decir, “el lenguaje” de la sociología. Recordemos que fue el propio Parsons quien dijo que eso era el funcionalismo, el equivalente de la matemática para la física. Y recordemos que hace no muchos años, se nos propuso el funcionalismo como eso justamente, “la sociología científica moderna” (aludo, por supuesto, a la memoria de cátedra de Salustiano del Campo de 1956, que llevaba ese título). Pero al igual que Parsons exageró, sospecho que lo hace el giro analítico cuando se propone, no como otro modo de pensar o hacer sociología, o incluso como un modo imprescindible del devenir de la sociología (más sobre ello después), sino como “nueva sociología científica”, el paraguas, por fin re-descubierto, de toda la sociología.

Hace ya más de un siglo que Herbert Spencer adelantó la hipótesis de una posible circularidad entre épocas dedicadas al análisis y épocas sintetizadoras<sup>2</sup>, hipótesis reiterada poco después, independientemente, por Gabriel Tarde en *Les lois de l'imitation* (1890), Whitehead en *Adventures of Ideas*<sup>3</sup> y Pitirim Sorokin en su discurso inaugural

---

<sup>2</sup> Herbert Spencer, *First Principles*, Appleton, Nueva York, 1888, p. 269.

<sup>3</sup> Macmillan, Nueva York, 1933, p. 138.

como presidente de la Asociación Americana de Sociología en 1965<sup>4</sup>. Es una hipótesis interesante desde el punto de vista de la sociología de la ciencia; en etapas de estabilidad y escaso cambio social, la ciencia social redefine analíticamente sus conceptos, mientras que en etapas de intenso cambio social se ve obligada a la recolección de datos y la síntesis. Podríamos pensar –yo mismo lo he sostenido en algún trabajo– que nuestro presente, de intenso cambio social en todos los órdenes, sería una época sintetizadora que habría olvidado su momento analítico. Creo que ello es en buena medida cierto pero con dos o tres matizaciones.

La primera es que, más que de “eras” o “periodos” debemos hablar de momentos del proceder científico. La ciencia, lo sabemos desde Kant, está hecha de juicios sintéticos *a priori*, es decir, de juicios analíticos y sintéticos al tiempo, y necesita tanto de la deducción analizadora como de la inducción sintetizadora, la ciencia es siempre una experiencia (empírica) pensada a través de la razón, es el producto del dialogo transparente entre el sujeto y el mundo. Y en ella hay siempre un momento analítico-deductivo y otro momento inductivo-sintetizador que se muerden la cola y se necesitan mutuamente. Si el giro analítico reivindica su momento frente a síntesis apresuradas, tiene toda la razón y está en su derecho. Pero si se propone como nueva sociología yerra el tiro, pues toda sociología que se precie no puede no ser analítica.

Es más, a diferencia de las ciencias físico-matemáticas, en las que el componente analítico es dominante, las ciencias sociales son, ante todo sintéticas. Trabajan, no sobre realidades ideales, sino sobre problemas reales, y estos exigen siempre la colaboración de numerosas perspectivas: la sociología, por supuesto, como parte general de la ciencia social (la más sintetizadora de las sintetizadoras ciencias sociales), pero también la historia, la economía, la política, el derecho, el arte, la lingüística y un largo etcétera. Todas ellas son necesarias para poder explicar casi cualquier fenómeno social. Ello explica que los matemáticos sean creativos en su juventud (el “momento analítico” de las biografías humanas), y rara vez en la vejez, mientras en las ciencias sociales ocurre al revés, hay que saber tocar muchos instrumentos para hacer buena ciencia social de modo que la calidad suele crecer, y no disminuir, con la edad (el “momento sintético”).

Así entendido creo que el sano nominalismo de los analíticos es buena cosa para una sociología demasiado enfangada en mistificaciones y fantasmas ideológicos, de una parte, y en síntesis apresuradas de otra. Pero no reifiquemos el “momento” analítico para hacer de él una nueva realidad sustantiva pues, al proceder así, estamos abriendo la puerta a las mismas síntesis desbocadas que tratamos de embriar.

---

<sup>4</sup> “Sociology of Yesterday, Today and Tomorrow”, *American Sociological Review*, 30, (1965), p. 833 y ss.